



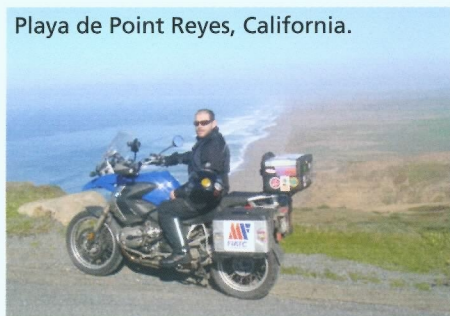
El efecto invisible del deporte

Por Miquel Silvestre

José Antonio Miquel Silvestre, registrador de la propiedad, escritor y viajero impenitente en moto por el mundo, es socio desde hace tres años de REEBOK SPORTS CLUB MADRID y el club es su lugar de entrenamiento cuando descansa y prepara su siguiente viaje. A continuación nos relata una crónica sobre su viaje a EE.UU. el pasado verano.

Desde el club le agradecemos muchísimo esta valiosa colaboración que esperamos sea la primera de una larga serie de interesantes aventuras.

Playa de Point Reyes, California.



Durante mis viajes siempre encuentro ocasión para seguir practicando deporte. Es una profilaxis imprescindible para limpiar cuerpo y mente del lodo espeso que cada día nos deja. Montar en moto durante seis horas diarias supone un gran desgaste. Mi espalda no puede quejarse ni mis manos aflojar azotadas de hormigueo, o la travesía terminaría antes de comenzar. Por eso jamás olvido en la mochila ni las zapatillas, los hábitos de salir a correr cada día y de buscar gimnasio en las ciudades que arribo.

Cuando me despierto, esté donde esté, me las ingenio para correr unos kilómetros. Así, he corrido por la Toscana Italiana, la Bretaña Francesa y los húmedos prados irlandeses. He corrido por las calles de la Isla de Man, bajo los tupidos bosques galeses y sobre los charcos de Plymouth. Me ha mojado la lluvia de Escocia, me ha calentado el sol de Marruecos y he cruzado el Golden Gate. Lo que a paso de corredor alcanzo a ver cada mañana completa el cuadro de la aventura con esos pequeños detalles que se pierden rodando en carretera.

En mi viaje de costa a costa por los Estados Unidos encontré estupendos gimnasios donde aliviar el agarrotamiento muscular. En San Francisco encontré el club

Action Fitness en Lombard Street. Comenté que era de España y que venía desde Miami. Cuando empecé con las dominadas, oí a mi espalda que me preguntaban en inglés dónde vivía. Respondí que en Madrid. "¿De qué equipo eres?" Añadieron, esta vez en perfecto castellano. "Del Atlético", confesé. Resonó una carcajada y el encargado me dio un fuerte abrazo. Era del barrio de Tetuán, llevaba ocho años en Estados Unidos trabajando como entrenador personal. No sólo me indicó las mejores pistas para descubrir la ciudad, sino que además no me cobró durante los días que allí pasé.

Pero el ejercicio físico no sólo limpia el cuerpo, también ayuda a enfocar la vida. Lo corroboré con nitidez durante mi estancia en el Gran Cañón. Estaba escribiendo en el bar del hotel y me levanté a pedir una consumición. Cuando regresé, mi portátil había desaparecido. Mi herramienta de trabajo con todo el diario de un mes de viaje y más de mil fotografías irrepetibles. Lo denuncié en recepción y en cuestión de minutos aparecieron los rangers del parque. Para mi sorpresa, los agentes interrogaron a los presentes tomándose el asunto en serio, aunque yo imaginaba que era un empeño inútil; a esas horas mi portátil ya se habría transmutado en un par de dosis de crack.



Al día siguiente me desperté de muy mal humor. Deprimido y triste, pensaba que aquello era una pérdida irreparable que arruinaba el viaje norteamericanos al haberse volatilizado todo el trabajo de un mes y siete estados. Aún así, como cada día, me fui correr. Troté por la senda que circunda el inmenso cráter del Colorado. Eran las ocho y el sol no había salido del todo. El enorme agujero ofrecía un color rosáceo, vetado de naranjas y ocres pálidos sin nadie más que yo para observarlo. Jamás había visto nada igual. El paisaje sobrecogía por su inmensidad de hachazo telúrico en la dura piel del desierto.

Según mis pulmones se llenaban de un aire purísimo y las endorfinas acariciaban mis nervios, me iba dando cuenta de cuán privilegiado era por estar allí. Aquello no era grave; grave es sufrir un accidente, estar enfermo o que lo estuvieran las personas que quiero. Sobre el borde de aquel

abismo rojo, me sentía vivo, más vivo que nunca. Como cuando corrí a lo largo del río Misisipi. Supe entonces que todos los momentos vividos no me los podía quitar nadie, que no

estaban en las tripas de un ordenador sino dentro de mí.

Cuando regresé a la habitación una hora después, estaba agotado y feliz. El ejercicio físico había vuelto a ahuyentar los fantasmas. Despejado y lúcido, había comprendido que el robo del ordenador sólo era un pequeño contratiempo, uno de tantos en la vida, y que durante el resto del camino haría mil fotos y escribiría mejores páginas. Nadie me iba a amargar mi aventura, ni siquiera yo. Cuando estaba saliendo de la ducha, sumido en estos alegres pensamientos, sonó el teléfono. Eran de recepción. Los ranger habían encontrado mi portátil aquella misma noche. Me lo querían devolver con sus mejores deseos.

Mis próximos proyectos motociclistas son cruzar África de Nairobi a Ciudad del Cabo durante los meses de marzo, abril, y luego, llegar hasta Alaska desde San Francisco entre junio y julio. Y para finalizar este año de excedencia, un broche solidario: formaré parte en agosto del Rally a Malí. Este viaje creo que puede ser muy interesante por cuanto su fin es fomentar el desarrollo de las comunidades indígenas. Básicamente, el procedimiento para hacerlo consiste en que cada equipo de los 20 que participan recaude mediante patrocinios mil euros para ONGs que trabajan allí. Luego habrá que cruzar en quince días el desierto en un ambiente no competitivo, sin rutas prefijadas y sin asistencia ni coche escoba. Al llegar al destino, en Hombori, una de las áreas más bellas y pobres de Malí, entregar el vehículo a los miembros de la comunidad de forma supervisada por las autoridades locales y las ONGs. Los detalles se pueden consultar en www.rallyamali.com Desde aquí me gustaría animar a los miembros del Reebok Sport Club a sumarse a esta bella y generosa aventura.



Desierto de Mojave, California.